

UNA CALLE EN TACUBAYA.—Distrito Federal, México

## CAPÍTULO X.

ALREDEDORES DE MÉXICO—TACUBAYA—MIXCOAC—SAN ANGEL  
COYOACÁN—VILLA DE GUADALUPE, ETC.

**E**L más hermoso adorno de esta ciudad son sus bellos alrededores. No falta á México entre las condiciones de una gran capital ni esa circunstancia, que desde el punto de vista higiénico y económico, es de suma trascendencia. Lo primero, porque en la estación calurosa disminuye la densidad de la población, que halla especialmente en los pueblos del Oeste y del Sur, desahogo considerable, y lo segundo, tanto porque á causa de la cercanía de los sitios veraniegos, como por la facilidad de las comunicaciones, los negocios no se interrumpen, como en las grandes ciudades de los Estados Unidos y Europa, en la época del ardoroso Estío.

Los alrededores de México son encantadores verjeles, cultivados unos desde la antigüedad y el virreinato, y mejorados todos en el presente siglo con los recursos del adelanto moderno en las obras de *comfort* y la estética de las casas de campo, y en el risueño arte de la horticultura. En Tacuba, Popotla, Atzacapotzalco, Mixcoac, San Angel, Coyoacán, Tlálpam, Churubusco, etc., y particularmente en Tacubaya, abundan las fincas de verano, que igualan en suntuosidad y magnificencia á las mejores de Versalles y de los alrededores de París. Cada finca de esas contiene un palacio con los refinamientos del lujo propio de su objeto y extensas huertas y jardines en que el arte ha explotado con avaricia la inmensa riqueza vegetal del Valle de México.

Unidas todas esas poblaciones con la capital por medio de vías férreas, ya de tracción animal, ya de vapor, y por magníficas calzadas cubiertas por la bóveda que forman las interminables series de árboles, chopos, fresnos, álamos, sauces y ahuehuetes, constituyen cada uno de tales pueblos un paseo aparte, frecuentado copiosamente en los días de descanso y á menudo preferido por las familias á los de la capital, que ya hemos descrito.

Ya en la primera parte de este libro se dijo bastante acerca de los pueblos de Tacuba, Atzacapotzalco y Popotla, que poblaron las antiguas razas y constituyeron reinos aparte. Para no incurrir en repeticiones, haremos referencia puramente á las poblaciones que no hemos reseñado.

*Tacubaya*.—Este nombre es corrupción de la palabra azteca *Atlacoloayan*, que significa lugar donde tuerce la barranca. Es una ciudad populosa, formada de casas en su gran mayoría con huertas y jardines, algunas de área muy considerable y sobre un terreno excepcionalmente fértil. Fué fundada en la época precolombina, y en la de las

conquistas del reino de Atzacapotzalco por los mexicanos y texcucanos, quedó sujeta á los primeros. En la antigüedad la población se extendía en la parte alta, comenzando en la línea sobre que hoy existe el Observatorio Astronómico, y continuando por las lomas hacia el Occidente. La parte baja fué poblada en época posterior á la conquista. Por lo expuesto comprenderá el lector que Tacubaya no se extiende en una superficie uniforme como las otras poblaciones del Valle, sino que comprende un plano inclinado de Occidente á Oriente. La parte más pintoresca se halla en la elevada y la más suntuosa en la inferior.

No poco han influido en el acrecentamiento de Tacubaya las inundaciones de México, al grado de que con motivo de la acaecida en 1607, mandó Felipe III que la capital fuera trasladada á Tacubaya, orden que se retiró por súplica del Ayuntamiento, quien hizo notar la pérdida de más de veinte millones de pesos que importarían las casas que deberían abandonarse.

Desde el siglo pasado especialmente, Tacubaya fué escogida por los ricos de México para habitarla en la estación de las lluvias. Toda la nobleza de la capital procuró tener ahí casa de campo, y aun el Arzobispo de México disponía de una muy hermosa, en que como recordamos al tratar del Observatorio Astronómico, se halla hoy este instituto. La moda ha continuado sin interrupción, si bien hoy comparte Tacubaya el hospedaje de los acaudalados con Mixcoac, San Angel y otros puntos.

En la época de México Independiente, y sobre todo, desde que Tacubaya está comunicada con México por vía férrea, las construcciones han ganado mucho en magnificencia. Célebres son las casas conocidas con los nombres de sus constructores, y que se llamaron: Jamisson, Nicanor, Béistegui, Escandón, Conde de la Cortina, Bardet, Iturbe, Carranza, Algara, Laforque, Barron, Gral. Herrera, Mier y Celis y otros.

Tacubaya sólo dista ocho kilómetros de México, con la que está unida por medio de dos vías, la que pasa por Chapultepec (tracción animal), y la de los Ferrocarriles del Valle, por la Piedad (tracción de vapor), pudiéndose hacer el viaje en unos quince minutos. Multitud de personas, cuyos negocios están en México, viven en Tacubaya, por lo que la población de esa hermosa ciudad se calcula hoy en 60,000 habitantes.

*Mixcoac, San Angel, Tizapán.*—Son estos atractivos lugares, según lo hemos notado ya, prolongaciones de Tacubaya como sitio veraniego. También en aquellos pueblos se han edificado multitud de quintas espléndidas, á las que da particular encanto la topografía accidentada de sus terrenos, superiores aún á los de Tacubaya en fertilidad. Mixcoac ostenta bellísimas fincas, entre las que ocupa el primer lugar la Hacienda de la Castañeda, que sirvió de tívoli durante varios años, hermosea por su infatigable propietario Sr. Carrera Lardizábal y últimamente comprada por la nación, para establecer ahí el manicomio de dementes de ambos sexos.

En todas las poblaciones vecinas á la capital, pero particularmente en Mixcoac y San Angel, los indígenas han hecho grandes progresos en la jardinería y en la confección de ramilletes que expenden en el Mercado de Flores de la capital, situado en el lado Oeste del jardín de Catedral. Periódicamente se celebran en esos pueblos exposiciones de flores, que son muy concurridas y admiradas por los ejemplares de plantas exquisitas y perfectamente cultivadas que se presentan.

*Coyoacán, Churubusco, Tlálpam.*—El aumento de comunicaciones baratas, rápi-

das y seguras, ha llevado á esos verjeles del Sur del Valle numeroso vecindario de familias cuyos negocios están en la capital.

Famoso es Coyoacán, por la predilección que debió al conquistador Cortés. Él se fijó en Coyoacán como sitio á propósito para la capital del virreinato, y de aquí que fijara allí su residencia y edificara el palacio de gobierno que todavía existe. ¡Cuántos sacrificios del erario y cuántos siniestros se hubieran ahorrado si la idea del Conquistador se hubiera llevado á la práctica! Sólo con lo gastado en la colosal obra del Desagüe del Valle, habría sobrado para realizar obras inmortales de embellecimiento. Cortés no quería precisamente que desapareciera la ciudad fundada por los aztecas en una isla de la laguna, pero todo indica su intento de que Coyoacán fuera definitivamente la capital de la Nueva España.

Ya en otro lugar hemos hablado con la extensión posible de la historia antigua de Coyoacán; nos limitaremos aquí á recordar los principales hechos posteriores al sitio de México.

Ahí fué conducido Cuauhtemoc, después que cayó prisionero en el último día del imperio azteca; ahí dió Cortés el grande y famoso banquete para celebrar la victoria y recibió los primeros aromas del incienso quemado ante los inmortales. Hasta ese día había sido un capitán; en lo de adelante fué para muchos un semidiós, para no pocos una amenaza del trono, para otros un tirano, un héroe, un ser superior. Ahí se celebraron las fiestas triunfales con torneos y otros juegos, y se estableció el primer Ayuntamiento de la capital. En Coyoacán se verificó el cruel tormento dado á Cuauhtemoc, á fin de que el infortunado monarca entregara los tesoros que ya no poseía, después de aquellos cuyo sitio denunció. En ese pueblo recibió Cortés por manera fastuosa y deslumbrante á Sinsicha, rey de Michoacán, que vino á poner su reino bajo la jurisdicción de la corona de Castilla.

Existe en Coyoacán una casa de aspecto siniestro, que fué visitada oficialmente en 1895 por el XI Congreso Internacional de Americanistas; ella fué la habitación de Cortés. Distinguidos historiadores aseguran que el Conquistador ahorró en esa casa á su esposa D<sup>a</sup> Catalina Juárez, con quien se casó en la Isla de Cuba.

Instalado ya Cortés en Coyoacán, envió por D<sup>a</sup> Catalina, mujer de singular hermosura y donaire, que fué recibida por los caballeros y conquistadores con honores de reina. Refiérese que una noche, durante la sobremesa de la cena, cambiáronse algunas chanzas en presencia de los convidados Cortés y su esposa, á propósito de los servicios que prestaban á él los indios destinados al servicio de la señora. Esta consideró de mal gusto las bromas de su marido, y despidiéndose de los comensales pasó al oratorio, donde estuvo rezando algún tiempo, saliendo de ahí con los párpados inflamados por el llanto. Entró á su recámara, llamó á sus camareras, hizo que la desnudaran y se arrojó en el lecho. Cortés, su marido, entró á poco rato y se detuvo en la estancia vecina, donde fué desnudado por su camarero. Apagadas las luces, entró al cuarto de D<sup>a</sup> Catalina, compartiendo el lecho con ella. A poco más de media noche, oyéronse voces que daba Cortés llamando á la servidumbre, la que entró con luz y vió á la hermosa dama exánime en el lecho. Cortés, todo turbado dijo á una de las camareras: "Creo que es muerta mi mujer." Presentaba ésta notorios cardenales en el cuello, y advertido de tal circunstancia, el conquistador replicó: "La así de ahí para recordar-

la cuando se amorteció." Al día siguiente se extendió por todas partes la noticia de que Cortés había ahorcado á su esposa, imputación que él negó enérgica y constantemente.

¿Qué había acontecido?

Al través de la historia permanece el misterio sobre aquel episodio sombrío.

Pero continuaremos nuestra visita á Coyoacán.

El palacio que edificó ahí Cortés para el despacho de gobierno, existe aún en el lado Norte de la Plaza. Su interés es puramente arqueológico, pues nada presenta de monumental el edificio, raquítico, si se considera la importancia de su objeto.

La iglesia parroquial es grandiosa y ofrece un carácter marcado de antigüedad. Es de tres naves techadas con vigas; edificáronla los franciscanos en 1552 y la cedieron á los dominicos, lo mismo que el convento.

Coyoacán está unido á México por vía férrea, y como decimos, aumenta cada día el vecindario de familias acomodadas.

*Churubusco.*—Poco más hacia el Sur de Coyoacán se halla el pueblo de Churubusco, que es corrupción de la palabra *Huitzilopochtli*, nombre indígena del pueblo y del dios de la guerra de los mexicanos. Ese lugar abrigó en tiempo de la gentilidad una población muy numerosa. Participa Churubusco de la misma fertilidad de todos los pueblos meridionales del Valle, y poco ofrece que decir desde el punto de vista histórico antiguo. Si le consagramos aquí unas líneas, es para recordar el hecho glorioso de que ese pueblo fué teatro y que brevemente narraremos.

Nos referimos á la heroica defensa del convento como fuerte militar, hecha por un puñado de mexicanos el 20 de Agosto de 1847, contra las fuerzas del ejército invasor norte-americano; hecho que pudieran ostentar con orgullo las naciones más célebres en la historia de las armas y del patriotismo.

Había sufrido el Gral. Valencia terrible derrota en las lomas de Padierna, poco distante de Churubusco, siniestro debido á la imprudencia de presentar batalla en las condiciones más desventajosas. El enemigo, muy superior en número, avanzaba sobre la capital. Hízose, pues, de todo punto necesario detenerlo en Churubusco, mientras el Gral. Santa Anna reorganizaba las fuerzas para la defensa de la capital. Para aquella difícil empresa fueron designados los batallones "Independencia" y "Bravos," con un total de seiscientos hombres de guardia nacional, al mando de los Grales. Rincón y Anaya. La resistencia parecía imposible, porque las fuerzas americanas, persiguiendo á las despavoridas de Valencia, llegaban ya á Churubusco, impulsadas por el éxito de la jornada de Padierna y alentadas por la superioridad numérica suya y el indescribible desorden del enemigo. Cuando el pánico reinaba en el campamento mexicano, las filas invasoras entraron á Churubusco dirigiéndose al convento, de cuyo fuerte necesitaban apoderarse para proseguir su camino. Se acercaban al convento cuando sus defensores rompieron el fuego, trabándose un combate tan sangriento cuanto al parecer insostenible por parte del pequeño grupo de mexicanos. A pesar de los grandes esfuerzos que recibían los americanos, fueron rechazados dos veces; pero en el momento en que la victoria ceñía ya la frente de los defensores, faltó completamente el parque en sus filas, lo que produjo la desesperación imaginable en ellos, cuanto la perplejidad en el enemigo que no se explicaba el súbito abandono del fuerte y desaparición de los soldados.

La fatalidad privó á México de un triunfo que habría sido muy trascendental, pero no pudo arrancarle la gloria militar de aquel hecho de armas en que una funesta casualidad salvó al enemigo de completa derrota.

En un monumento de mármol que se mandó erigir allí en 1856, para conmemorar aquel heroico episodio, se lee entre otras la siguiente inscripción:

*"A la memoria de los valientes y esforzados mexicanos que combatiendo en defensa de su patria, le hicieron el sacrificio de sus vidas en este mismo lugar el día 20 de Agosto de 1847. La Nación mexicana consagra este monumento de gratitud, de honra y de gloria. Siendo Presidente de la República Ignacio Comonfort, 1856."*

*Tlálpam.*—Esta, cuyo nombre significa en lengua mexicana *tierra firme*, es la más lejana, pintoresca, fértil y salubre de las poblaciones que constituyen los alrededores de México. Hállase edificada sobre las últimas arrugas de la falda del Ajusco. Posee magníficas huertas y edificios de importancia monumental é histórica, como los antiguos palacios de los virreyes Horcasitas é Iturrigaray, la torre de Santa Inés, la parroquia, las construcciones que se hicieron cuando Tlálpam fué capital del Estado de México, y sobre todo, la magnífica fábrica de papel llamada Peña Pobre, tan bella por sus jardines como grandiosa por sus obras industriales.

Notables son igualmente la Plaza del Mercado, las huertas de Vivanco, el Portalito, las Campanas, la de Mendieta, la del Tesorero, la de Carrasco, la de Gamboa, la Aurora y la del Conde. En la huerta de Gamboa fué donde se hizo el injerto del zapote blanco y la pera lechera, que produjo la más deliciosa pera que existe en la actualidad, y que se llama pera gamboa, debido al nombre de la huerta.

Como objetos y sitios históricos se distinguen: el reloj de la torre de la parroquia, construido en España para la Catedral de México, en la que sirvió hasta el 1º de Julio de 1830, fecha en que se dispuso su traslación á Tlálpam; la torre de Santa Inés, ya mencionada, y que es el mirador de una casa particular, en la que estuvo preso el 21 de Noviembre de 1815 el Cura D. José María Morelos, caudillo de la Independencia; las ruinas del Tecpan, en un cerro artificial, rodeado de cinco más pequeños, y que es un cuadrado de cerca de 200 metros; el sitio en que se dijo la primera Misa en el Valle de México, y que está marcado por una cruz en la falda Norte del cerro de Ixtapalapan, y otros lugares.

Uno de los más preciosos elementos de Tlálpam, así para su comodidad como para su belleza, es la gran cantidad de agua potable que mana de sus veneros, abastecidos por las filtraciones del Ajusco, siendo los principales la barranca del Tochiuhuitl, Peña Pobre, el Coscotomate y el Ojo de Tapixca ó del Niño Jesús. Llamóse esta población en otro tiempo San Agustín de las Cuevas, á causa de las numerosas grutas que existen en varios sitios del contorno, formadas en la lava volcánica que arrojó el Ajusco.

La feria de Tlálpam, que todavía se celebra, es una costumbre muy antigua de ese pueblo, pues data de la época virreinal. El principal aliciente en esa feria han sido siempre los juegos de azar y de gallos. Refiérese, por ejemplo, que se hallaban en la Plaza de Gallos de Tlálpam el virrey Iturrigaray y su esposa cuando recibió el primero, el 8 de Junio de 1808, las gacetas de Madrid en que se anunciaba la abdicación de Carlos IV y exaltación de Fernando VII al trono, lo cual implicaba la caída del favorito Godoy, apoyo principal del virrey. Éste leyó ahí mismo y en voz alta las gacetas,

y como la señora había perdido en dos tardes jugando á los gallos catorce mil veintiséis pesos, exclamó al oír las funestas noticias políticas:

“¡Vaya, nos han puesto la ceniza en la frente!”

La costumbre ha continuado, como ya se ha dicho, y así la vida tranquila que se disfruta en aquella ciudad paradisiaca, es interrumpida cada año por el estruendo de la feria, especialmente de las partidas de juego.

Excusamos hablar de Santa Anita, Ixtacalco, Xochimilco y demás alrededores del sureste, porque ya al tratar de las costumbres mexicanas, dijimos lo principal acerca de esos pueblos. Dirijámonos, pues, al Norte, donde se levanta la justamente célebre

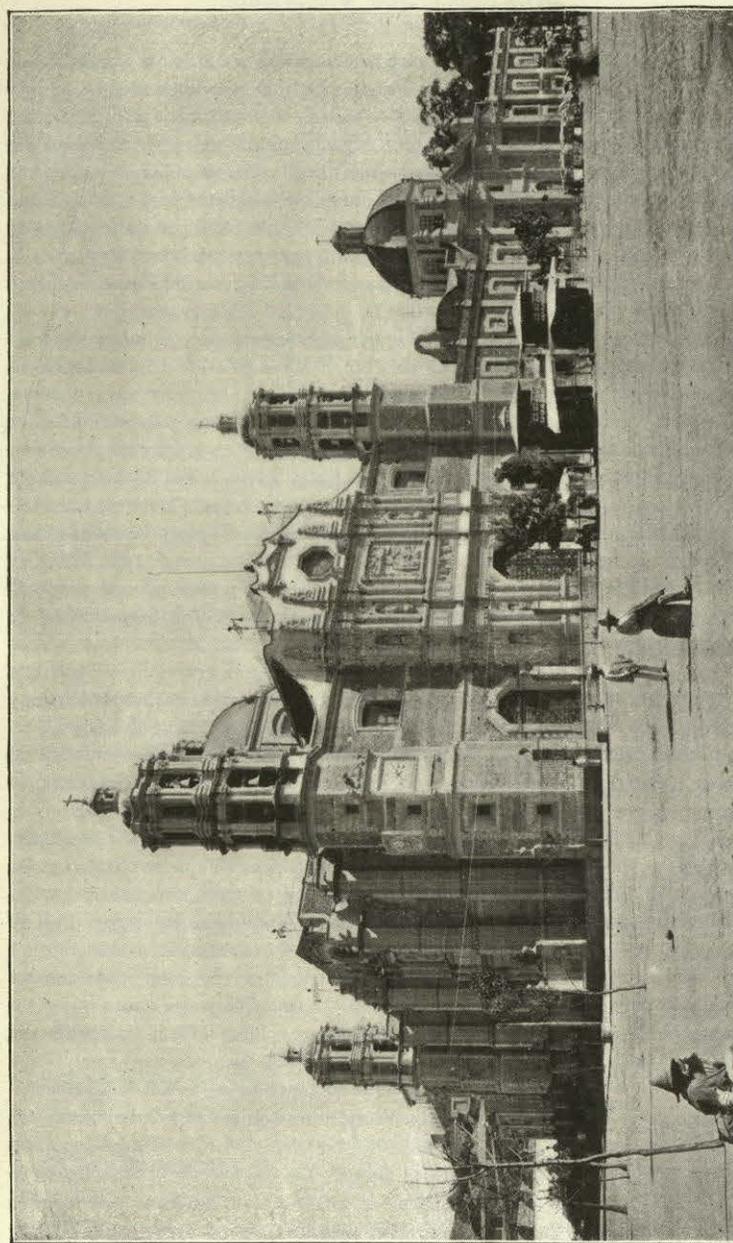
*Villa de Guadalupe.*—Dista cuatro kilómetros de la Capital, medidos desde la puerta de la Colegiata al Palacio Nacional. Conducen á ella dos calzadas: la antigua de mampostería que hoy ocupan los rieles del Ferrocarril Mexicano, y la nueva que sale de la garita de Peralvillo, flanqueada por hileras de árboles, en su mayoría chopos y álamos. La villa de Guadalupe es algo sombría, edificada en terreno salitroso y por lo mismo árido.

Es Prefectura del Distrito Federal, y en materia de asuntos profanos no presenta edificios notables, por más que en estos últimos años el vecindario, y con él las construcciones, hayan aumentado mucho. La plaza principal se halla al Oeste de la calle real, está toda sembrada de flores y arbustos y ostenta en el centro una antigua fuente de cantería. En la plaza que da frente al santuario y que es una prolongación de aquella, aunque no tiene jardín, se levanta una pequeña estatua del Cura D. Miguel Hidalgo, con el estandarte de la Virgen de Guadalupe en la mano. Al Norte de la estatua se mira el paradero de los ferrocarriles del Distrito y la llamada Alameda, aunque no es ésta más que un pequeño jardín con árboles corpulentos y un kiosko para la música en el centro. En la misma plaza, atrás de la estatua, se halla el mercado, que es por cierto muy concurrido. He ahí cuanto hay que decir de la Villa en su aspecto profano. No así en el religioso, que ha dado á esa población cuanto tiene de grande y que abarca por completo la atención del viajero en ese lugar.

Cuando en la primera parte de este libro hablamos de la religión del país, hicimos referencia al culto inmenso y ferviente que en todo el país se tributa á la Virgen de Guadalupe. Tócanos ahora tratar de los antecedentes de ese culto y de la descripción de la imagen; de la historia de los diversos templos edificados ahí en honor de la Virgen de Guadalupe; de la erección del último santuario en colegiata; de la reciente ampliación, decorado y reforma del templo; de la coronación de la imagen y de las grandes alhajas que ha tenido.

La tradición consignada en muchos libros, especialmente en el de Becerra Tanco, y profesada por el pueblo mexicano es la siguiente:

Juan Diego, indígena de 58 años de edad, nacido en Cuautitlán, vecindado á la sazón en Tolpetlac y recientemente convertido á la religión católica, acostumbraba venir á Santiago Tlaltelolco muy de mañana á oír misa y recibir la doctrina que enseñaban los franciscanos de aquel colegio. Para ahorrar camino cortaba por los cerros pequeños de la cadena del Tepeyacac, y una mañana, al pasar por la cima del más bajo de ellos, oyó una armonía como de música de ángeles, y al levantar los ojos para darse



LA COLEGIATA.—Guadalupe, México.

cuenta de lo que pasaba, vió entre resplandores de aurora una hermosa mujer de semblante indígena, vestida á la manera de las señoras principales de la nobleza, la cual le habló, llamándole "hijo mío," diciéndole que sería la protectora de este pueblo, que deseaba le fuese erigido un templo en aquel lugar, y que se presentara al Obispo y le refiriera lo que había visto y oído. Cuando Juan Diego volvió de la perplejidad en que por algún rato estuvo sumido, se encaminó á cumplir el mandato; pero el Obispo, que lo era el Sr. Zumárraga, no dió crédito á la narración, que tomó por alucinaciones de un pobre neófito. Varias veces volvió la Virgen á aparecerse á Juan Diego, y en la última, que se verificó en el sitio donde hoy se levanta la Iglesia del Pocito, le ordenó que subiera á la cumbre del cerro y cortara rosas que ahí debía encontrar, mostrándolas al Obispo como prueba de verdad de lo que le había referido, pues que siendo el cerro tan árido y corriendo el mes de Diciembre, el más crudo del invierno, la presencia de esas flores darían testimonio del prodigio.

Cortó en efecto el neófito las rosas recogéndo las en su tilma, y se presentó al Sr. Zumárraga; mas al desenvolver su tilma para mostrar las flores, apareció pintada en ella la imagen, que se llamó en un principio de Santa María de Tequantlaxopeuh (la que ahuyentó á los que nos comían como fieras), y después Santa María de Guadalupe, nombre que prefirieron los españoles para no perpetuar la acusación que la palabra mexicana encerraba. Este suceso se verificó el 12 de Diciembre de 1531, á los diez años de ocupada la capital por los conquistadores. El hecho, publicado por pregones á todos los pueblos en los días de tianguis, alcanzó desde luego grandísima celebridad, á la que contribuyó la ferviente devoción de toda la nobleza de México.

El Sr. Zumárraga mandó inmediatamente construir una ermita en el lugar que Juan Diego señaló como el sitio en que por primera vez le había hablado la Virgen y que corresponde á lo que hoy es sacristía de la parroquia. Entretanto la imagen permaneció en el palacio episcopal, y después de algunos días fué trasladada á la iglesia mayor de México ó primera catedral, hasta el año de 1533, en que fué llevada en procesión muy solemne á la ermita, donde recibió el culto durante noventa años.

La forma de los milagros hechos por la Virgen de Guadalupe, el incremento admirable de su culto, aun en las clases más elevadas, la reacción que se observó en las costumbres, la protección fervorosa que dispensaron á ese culto los arzobispos todos de México y demás prelados de otras diócesis, así como casi todos los virreyes, y muy particularmente el espíritu nacional que encerraba la nueva devoción, aumentaronla é inflamaronla en términos que jamás se vió en América otra semejante, y sólo una que otra pudieran compararse en el Viejo Mundo. Esa devoción ya inmensa al principio de este siglo, adquirió gran crecimiento cuando los promotores de la Independencia levantaron la imagen guadalupana como bandera de la emancipación nacional. Rayó entonces la devoción en delirio, como tenía que suceder agregando á la llama del sentimiento religioso la del sentimiento patriótico, y al triunfar la causa de la libertad era tal el entusiasmo por la Virgen mexicana, que el primer presidente de la República cambió su nombre primitivo por el de Guadalupe Victoria. Esa devoción no ha menguado. El prestigio religioso y patriótico de la Virgen de Guadalupe se conserva vivo y profundo en el pueblo mexicano, como única estrella que luce en el espacio entenebrecido por el escepticismo.

El Padre Florencia describe así la imagen que nos ocupa:

"La manta en que se halla estampada la imagen de la Virgen Santísima de Guadalupe tiene de largo más de dos varas; de ancho más de una, y está hecha de *icxotl* ó palma silvestre. La estatura de la Señora es de seis palmos y una sesma; el cabello es muy negro y partido al medio de la frente, serena y proporcionada; el rostro llano y honesto; las cejas muy delgadas; los ojos bajos; la nariz aguileña; la boca breve; el color trigueño nevado; las manos puestas al pecho sobre la cintura y levantadas hacia el rostro; en la cintura tiene un cinto morado, apareciendo sueltos debajo de las manos, los dos cabos de su atadura; descubre solamente la punta del pie derecho con el calzado pardo muy claro. La túnica que la viste desde el cuello á los pies es de color rosado y las sombras de carmín oscuro, y está labrada de labores de oro. Tiene por broche al cuello óvalo pequeño de oro, y dentro de él un círculo negro con una cruz en medio. Las mangas de la túnica son redondas y vueltas, descubriendo su forro de un género de felpa que parece blanca.

Muestra también una túnica interior de color blanco con pequeñas puntas que se descubren en las muñecas. El manto, que es de color verde mar, cae desde la cabeza de la imagen hasta sus pies airoosamente, dejando descubierto todo el rostro y parte del cuello, formando pliegues en algunas partes, y se recoge mucho sobre el brazo izquierdo, entre éste y el cuerpo. Está todo perfilado con una cinta de oro algo ancha que le sirve de adorno, y toda la parte que se descubre está sembrada de cuarenta y seis estrellas de oro, salpicadas con proporción. La cabeza se halla devotamente inclinada hacia el lado derecho, y ciñe una corona real que asienta sobre el manto y termina en puntas de oro.

A los pies aparece una media luna con las puntas hacia arriba que en medio recibe el cuerpo de la imagen, y á cuyo derredor se ven repartidos 129 rayos de oro, por el lado derecho 62 y por el izquierdo 67. Lo restante del lienzo, así en longitud como en latitud, está pintado con celajes de nubes algo claras, que rodean toda la imagen y la forman nicho. Toda esta pintura descansa sobre un ángel que sirve de planta á fábrica tan divina, descubierto de la cintura para arriba y oculto el resto de su cuerpo entre nubes. Tiene las alas tendidas y de diversos colores, los brazos abiertos, con la mano derecha coge la punta del manto y con la izquierda la de la túnica de la imagen que en ambos lados caen por encima de la luna. Su rostro es el de un niño hermoso, su acción viva y como de quien carga con gusto y veneración la santa imagen."

Otras muchas descripciones de esta imagen se han escrito en distintas épocas coincidiendo todas absolutamente; pero la más notable es la del ilustre pintor Miguel Cabrera, quien escribió extenso dictamen para demostrar á la luz del arte que la imagen de Guadalupe no es obra humana.

Las copias se han multiplicado hasta lo innumerable. En todos los templos y hogares de México figura indefectiblemente un cuadro ó estampa de la Virgen de Guadalupe. La pintura, el cromó, la litografía, el grabado, la fotografía, todas las formas artísticas de la reproducción, inclusive la escultura, han producido por millones las copias de la popular imagen, aunque por circunstancia inexplicable, rarísima es la verdaderamente parecida al original. Entre los pintores de más nota, ha habido especia-

lidades en cuadros guadalupanos, de aquellos los más distinguidos fueron el poblano Padillo y el insigne Miguel Cabrera.

Hemos visto cómo el venerable D. Fray Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México, erigió inmediatamente una ermita, la cual fué de adobe y de pequeñas dimensiones. A los pocos años el incremento del culto, las copiosas romerías que de todas partes llegaban, indicó la necesidad de ampliar el templo, lo que se verificó á mediados del siglo XVI. Comenzaba el siglo XVII, cuando se hizo necesario edificar un templo mayor aún, el cual fué erigido en el sitio que hoy ocupa la Colegiata, quedando terminado en Noviembre de 1622, con un costo de cincuenta y tantos mil pesos.

En 1629 sufrió la capital la terrible inundación, de que hablamos con mayor detenimiento en el capítulo dedicado á la Obra del Desagüe. Desesperándose de las industrias de la ciencia para dar término á esa calamidad, se acudió á la plegaria, y al efecto, fué trasladada la imagen de Guadalupe á la Catedral de México, donde permaneció hasta que las aguas se retiraron. Atribuido este hecho á un milagro, creció asombrosamente en México y todo el país la devoción guadalupana, aumentaron las peregrinaciones, y siendo insuficiente el templo para dar cabida á la concurrencia constante de fieles, se dispuso construir un gran santuario en el mismo sitio en que se hallaba el segundo templo. Era preciso derribar éste, y para que entretanto la imagen tuviera templo, se mandó construir uno provisional, que es actualmente la parroquia de la Villa y que costó unos treinta mil pesos. Concluido el templo provisional en 1695, se trasladó á él la imagen, y se comenzó en seguida el santuario, que es la actual Colegiata, y que fué concluida en Abril 27 de 1709, dedicándose el 1º de Mayo siguiente, para lo cual se hicieron durante nueve días rumbosísimas fiestas, en que tomaron parte todas las autoridades civiles y eclesiásticas, la Universidad, el Consulado, el Tribunal de Cuentas y las Ordenes monásticas. Las fiestas públicas fueron espléndidas en la capital, que ostentó las calles y casas profusamente adornadas é iluminadas, y atronó los aires con el estallido de miles de centenares de cohetes y cámaras, el tañer de las campanas y las músicas.

El punto de la cima del cerro en que se verificó una de las apariciones, fué señalado durante mucho tiempo por una simple cruz de madera clavada en un hacinamiento de piedras. Al principio del siglo XVIII, edificó en este sitio la pequeña iglesia que aun existe el Pbro. D. Juan Montúfar, y se hizo la rampa escalonada que conduce á ella. Por un error en la interpretación de las tradiciones, supone el vulgo que en esa iglesia fué enterrado el cadáver de Juan Diego. Esto, repetimos, es un error. El famoso neófito hizo una pequeña casa junto á la primera ermita, y allí vivió hasta el año 1548 en que falleció á la edad de 74 años, y su cuerpo fué sepultado en esa primera y pequeña iglesia, cuya ubicación ya fijamos.

Cerca del templo del cerro, sobre el pasamano boreal de la rampa, levántase un muro aislado en forma de vela de navío, que excita la curiosidad de los visitantes. Esa construcción fué hecha por la tripulación de un buque que durante una terrible tempestad estuvo á punto de ser destrozada por la borrasca. Los tripulantes, perdida ya toda esperanza terrenal, invocaron el auxilio de la Virgen de Guadalupe, ofreciendo que si salvaban aquel gran peligro, vendrían á pie hasta México conduciendo el palo



LA VIRGEN DE GUADALUPE.—Guadalupe, México.

mayor de la embarcación y dejando un testimonio perdurable del prodigio. Habiéndose salvado en efecto, cumplieron la promesa, y en monumento de su fe y gratitud edificaron ese muro que guarda en su interior las velas y palos del mencionado navío.

Frente al principio de esa rampa, en la parte baja, se halla la *Iglesia del Pocito*, edificada sobre éste que es un manantial de agua saturada de ácido carbónico. Esta construcción tiene dos secciones, ambas de forma elíptica. La primera es una capilla, que cubre como una campana el pozo, ó manantial, que está rodeado de una reja de hierro con cubierta tejida de barrotes del mismo metal; la segunda es un templo de mayores dimensiones y profusamente decorado. Una puerta conduce de la capilla al templo mayor. El templo del Pocito fué construido á fines del siglo pasado por los albañiles de la capital, durante los domingos y días festivos, y á devoción de ellos.

Los obreros eran ayudados por muchas personas distinguidas, entre ellas señoras de la aristocracia, que acudían á acarrear material y prestar otros servicios semejantes. Su costo fué de cincuenta mil pesos, proporcionados, parte por el benéfico Arzobispo D. Alonso Núñez de Haro y Peralta y parte por un vecino que la colectó de limosna. La obra se terminó el año de 1791, bajo la dirección del arquitecto D. Francisco Guerrero y Torres. El templo es muy hermoso. No tiene torres; su parte exterior está toda revestida de azulejos. El interior es de orden corintio. Tiene de E. á O. 35 varas y de N. á S. 21. Corona esta hermosa rotunda una cúpula muy elevada de 15 varas de diámetro. Tiene cuatro grandes retablos en que aparecen los cuadros que representan las apariciones guadalupanas, y todo el decorado es de muy buen gusto y gran costo.

Profesa la gente gran devoción á el agua del Pocito, que se tiene por muy saludable; así es en efecto, aunque para ello no es preciso recurrir á la unción del milagro. El agua, que mana en notable abundancia, contiene á la temperatura de 21 grados ácido carbónico y ázoe, sulfato y carbonato de cal y de sosa, cloruro de potasio y magnesia; silicato de sosa y de potasa; yoduro de potasio, alúmina; apocrenato de sosa y materias orgánicas. Contiene además las siguientes substancias insolubles: carbonato de magnesia, siliza, fierro, manganeso y materias bituminosas.

Para sacar esa agua hay en el pozo una vasija de cobre asegurada con una cadena pendiente del barandal. Los concurrentes toman ahí el agua, que es de sabor muy desagradable, y luego se proveen de ella en botellas, para lo cual hay cerca del templo *puestos* de ellas, limpias ya y de capacidad regularmente para un litro. Todos los habitantes de los Estados que vienen á la capital visitan la Villa, y todos regresan con su provisión de agua embotellada, que llevan para que tomen sus parientes y amigos. Cuando llegan á su destino, el agua, en que las substancias se han asentado, no tiene ya el sabor insoportable que tomada en el manantial.

Además de los templos referidos levántase otro muy cerca de la Colegiata, el de Capuchinas, donde estuvo la venerada imagen desde que comenzaron las obras de ampliación y decorado del santuario, hasta que terminadas éstas volvió la Madona á su grandioso templo.

Sor María Ana de San Juan Nepomuceno, religiosa del convento de San Felipe de Jesús, proyectó la fundación de un convento de Capuchinas anexo á la Colegiata, y en 16 de Mayo de 1778 solicitó del rey el permiso correspondiente, apoyando su soli-

cidad el citado arzobispo Haro y Peralta, el Ayuntamiento y Cabildo eclesiástico. Obtenido el real permiso en 1780, se comenzó la obra el 3 de Octubre de 1782, en que puso la primera piedra el referido prelado, y terminó el 13 de Octubre de 1787, fecha en que pasaron á fundar el monasterio cinco capuchinas del convento de México. Esta construcción importó \$212,328, colectados de limosna entre varias personas y corporaciones.

La iglesia de Capuchinas nada notable presenta, arquitectónicamente. Es pequeña, pues que fué construida sólo para auxiliar á la Colegiata en las distribuciones religiosas de las monjas. Al ser exclaustradas éstas el 26 de Febrero de 1863, el convento fué convertido en cuartel. Hoy sirve para un asilo de pobres.

En 1707 falleció en México un devoto y acaudalado vecino, D. Andrés de Tapia, y dispuso en su testamento que se entregara la suma de cien mil pesos y lo más que fuere necesario para la erección de un convento en la Villa de Guadalupe, ó bien de una Colegiata en el santuario. Habiéndose negado el permiso para la erección del convento, se aplicó á la de la Colegiata el capital, que en 1747 ascendió con todo y réditos á más de quinientos mil pesos. Con este fondo, reconocido por el real erario, y que producía treinta mil pesos anuales, se estableció la Colegiata.

La erección de la Colegiata se verificó en Madrid, á 6 de Mayo de 1749, en cumplimiento de la bula pontificia de 15 de Julio de 1746, expedida por Benedicto XIV, representando la de Benedicto XIII, dada en 1725.

Llegamos ya al suceso más grandioso que se registra en la historia guadalupana: la coronación de la imagen, y la reforma y espléndido ornato del templo.

El pensamiento de la coronación tuvo su origen en Jacona, Estado de Michoacán, la noche del 14 de Febrero de 1886, con motivo de haber sido coronada ese día la Virgen de la Esperanza, que se venera en aquella parroquia del obispado de Zamora. El Illmo. Señor Labastida y Dávalos, entonces arzobispo de México, y que asistió á la solemnidad, fué quien, estando de sobremesa la noche referida, indicó la idea de coronar á la Virgen de Guadalupe. Poco después algunos católicos de Puebla, sin tener conocimiento del proyecto del Sr. Labastida, propusieronle que solicitara la coronación. El 24 de Septiembre de 1886, los arzobispos de México, Michoacán y Guadalajara, únicos prelados de tal jerarquía que había á la sazón, solicitaron del S. Pontífice la aprobación del proyecto, que fué otorgada el 8 de Febrero de 1887, según Breve que se recibió en México el 12 de Marzo del mismo año.

Al principio se trató de que la coronación se verificara el 31 de Diciembre del año repetido; pero del mismo entusiasmo que produjo la concesión pedida, brotó el proyecto de embellecer el templo y de construir un altar en que fuera posible colocar la corona convenientemente, puesto que siendo la imagen de lienzo, no podría recibirla.

Todo esto demandaba fuertes gastos, así como la corona misma y la solemnidad, y á fin de allegar fondos y de dar forma práctica al pensamiento fué nombrado el Sr. Pbro. D. Antonio Plancarte, para formar un reglamento y dirigir su ejecución.

El Sr. Plancarte, que fué nombrado después Abad de la Colegiata, y que falleció en 1898, hombre muy emprendedor, buen hacendista, constante, laboriosísimo en sus empresas y orador de gran ascendiente en la sociedad cristiana, acometió la faena de reunir limosnas para la obra. Al efecto, recorrió varias regiones del país, predicando

y cosechando las donaciones de la multitud, que ascendieron á suma muy respetable.

La ejecución de las nuevas obras comenzó en Abril 25 de 1887, para lo cual la imagen guadalupana fué trasladada al templo de Capuchinas, acto que se verificó en presencia de gran multitud y de los notarios que dieron fe de aquel acontecimiento en acta que se levantó al efecto.

La obra duró ocho años, y la coronación se verificó el 12 de Octubre de 1895, á las ocho de la mañana, en medio de una solemnidad indescriptible por su grandeza y en la que tomaron parte casi todos los preladados mexicanos y gran número del extranjero, especialmente de los Estados Unidos. A la misma hora se verificaron funciones en toda la República, y puede calcularse en 100,000 el número de personas que en distintas peregrinaciones vinieron á la Colegiata con motivo de la coronación.

La parte nuevamente construida del templo es la posterior, y mide 35 metros de longitud por 21 de latitud. Esa parte es una prolongación de las naves en forma de capillas y dos metros sobre el nivel del pavimento de la parte antigua. Sirve de piso á esa prolongación una gran cripta de bóveda plana sobre viguetas de hierro, y en esa cripta se construyeron gavetas cinerarias para los restos de los bienhechores.

Por lo expuesto se comprende que tanto el presbiterio como toda la parte nueva quedan en alto, al nivel ya dicho.

Dan ascenso al presbiterio dos escalinatas con magníficos barandales de plata, y otras dos respectivamente á cada una de las capillas ó prolongaciones de las antiguas naves. El coro de los canónigos queda atrás del presbiterio, entre las naves laterales.

Frente al presbiterio y poco antes de la entrada á la cripta, hállase la magnífica estatua del Illmo. Sr. Labastida, costeada por la familia Escudero y Echanove. Esta magnífica obra de arte, hecha en Italia de mármol de Carrara, representa al prelado de rodillas, en actitud de adoración. La figura es mayor que el tamaño natural, tiene gran parecido con el personaje y por todos sus detalles es de inmenso mérito. En el zócalo hay una inscripción en latín, que se refiere al prelado cuya es aquella estatua. La parte exterior de la cripta que forma el zócalo del presbiterio, está revestida de bellísimos mármoles labrados con exquisito gusto, y tiene de trecho en trecho ventanas circulares, por donde se ve, aunque vagamente, el interior.

En el centro del presbiterio se levanta el altar de la Virgen, bajo el magnífico baldaquino. Es de mármol blanco de Carrara; lo hizo la Compañía de Mármoles Mexicanos y costó \$91,000. Remata la obra en un gran marco del mismo mármol que recibe en su centro el de oro de la imagen. En la parte superior tiene en alto relieve dos ángeles que sostienen una corona real muy bien labrada, y á ambos lados, sobre pedestales, levántanse, respectivamente, la estatua del venerable arzobispo Zumárraga y la de Juan Diego, ambos en actitud de adoración. Dos escalinatas cuya vista cubre la parte anterior del altar dan acceso hasta el marco de la imagen. Desgraciadamente, al diseñar y construir el altar, se olvidó la parte principalísima, esto es, el punto en qué de una manera artística debía colocarse la corona, y resultó que á la hora de la coronación hubo necesidad de clavar una varilla en el centro de la línea superior del marco de mármol y colgar de ella la corona, lo cual, como se comprenderá, da el efecto más antiestético que puede imaginarse; por lo que el público se ha mostrado muy descontento de ese detalle.

El altar se levanta bajo el baldaquino, que es una obra soberbia de mármol y bronce. Cuatro colosales columnas de 6½ metros de altura y de granito de Escocia, con bases y capiteles de bronce, sostienen una hermosa bóveda de ese metal, dorado. Remata exteriormente con una cruz en el centro, y en los ángulos con cuatro acroteras que sostienen otros tantos arcángeles también de bronce. En la parte interior de la bóveda están escritos en caracteres clásicos, los versos latinos hechos por León XIII en alabanza de la Virgen de Guadalupe. El conjunto del baldaquino es espléndido; pero su mayor mérito consiste en que las grandes columnas son monolíticas, con peso de mil arrobas cada una.

Atrás del altar y baldaquino, se halla el coro de los canónigos, bajo hermosa cúpula perteneciente á la parte nueva. Ahí se colocó la sillería del antiguo coro. La ornamentación es suntuosa, habiéndola comenzado el Sr. D. Salomé Pina, célebre pintor mexicano, y continuádola el Barón de Catllá. En los lunetos de la bóveda, figuran los retratos del Papa Benedicto XIV y León XIII y los de los Illmos. Sres. Labastida y Alarcón, así como el escudo de armas del Sr. Abad Plancarte.

En los siguientes fueron pintados serafines y varios escudos en alegorías del Rosario. El resto del decorado es de dibujos dorados ó con colores mates. Las ventanas están cubiertas con cristales de colores en marcos de hierro y con figuras de santos. En las prolongaciones de las naves que caen á los lados del coro, ó sea en las nuevas capillas, se erigieron altares muy bellos de mármol á San Joaquín y Señora Santa Ana, cuyas imágenes se ostentan, así como dos dedicadas á santos mexicanos. Todos estos cuadros fueron obra del pintor romano Silverio Copperoni. El piso de toda esta parte nueva, que es á la vez, como hemos dicho, la bóveda de la cripta, tiene pavimento de mármol, interrumpido en algunos lugares por gruesos cristales que sirven para dar luz á la cripta. El costo de la cripta con las obras interiores y exteriores, incluso el pavimento, el altar y el baldaquino, ascendió á la suma de \$ 150,000.

Todo el templo fué espléndidamente decorado. Las bóvedas de la parte antigua están pintadas de azul celeste y tachonadas de estrellas de oro; las columnas estucadas de blanco, con capiteles dorados; los arcos dorados igualmente, y en general la profusión del oro es deslumbradora. La bóveda que se levanta sobre el baldaquino, está adornada con una gran faja ondulante que tiene los colores nacionales; y la cúpula, pintada con supremo arte, ostenta bellísimas figuras de ángeles con emblemas y versículos de la letanía. Todo el decorado estuvo á cargo del Sr. Pina y fué ejecutado por él y por algunos de sus mejores discípulos.

Completan la decoración del templo cinco grandes cuadros murales pintados al óleo. El primero de la nave oriental, obra de D. Felipe S. Gutiérrez, representa la conversión de los indios, como el primer fruto de la aparición guadalupana. El segundo, de la misma nave, pintado por el notable artista Sr. Gonzalo Carranco (hoy sacerdote jesuita), con la colaboración de D. Leandro Izaguirre, representa el primer milagro que hizo la Virgen de Guadalupe, y que consistió en lo siguiente: al ser conducida con gran solemnidad la imagen guadalupana á la primera ermita, de que ya dimos noticia, iban delante danzando algunos indios conforme á su usanza, en que simulaban guerras y otros episodios. De pronto y por manera accidental, uno de los danzantes disparó una flecha que fué á clavarse en la vena aorta de otro, que murió instantánea-

mente. Conducido el cadáver ante la Virgen, se le extrajo la flecha y el indio resucitó, quedando completamente sano y sin huella de la herida. Esa tradición está consignada en el cuadro que nos ocupa, y que tanto por el dibujo como por el colorido, los lienzos y el movimiento de las figuras, es de gran mérito artístico.

En el primer término de la nave occidental, pintó el expresado Sr. Salomé Pina el cuadro que representa el momento en que el Padre D. Francisco López mostró al Pontífice Benedicto XIV una copia de la imagen de la Virgen mexicana, arrancando á Su Santidad aquellas tan repetidas palabras: "Non fecit taliter omni nationi." Sigue otro cuadro, obra del artista D. Félix Parra, que representa el acto del juramento del Patronato, y figura por último el cuadro del inspirado pintor D. José María Ibararán, que conmemora las informaciones canónicas, levantadas en 1666, sobre la aparición guadalupana. Cada uno de esos cuadros importó \$ 4,000 y fueron costeados por los Ilustrísimos señores Obispos de Querétaro, Zacatecas, Durango, Yucatán y San Luis Potosí.

Todas las ventanas del templo son de cristales de colores, y contiene cada una en la parte inferior el nombre de la persona que la costeó. El pavimento de la parte antigua es de mezquite, la madera mejor para los pisos, por su dureza y su gran resistencia contra la humedad.

En el último tercio Norte de la nave oriental, se halla la entrada á la espléndida y extensa capilla construida por el Sr. D. Antonio Mier y Celis, el más acaudalado de los ricos de México. En suma, el conjunto del gran santuario es deslumbrador, majestuoso, artístico y de rara suntuosidad. Significa el monumento de la piedad mexicana, cuyos principales representantes en la obra que nos ocupa, tienen ahí un recuerdo, pues sobre los muros se lee una larga lista de nombres de los bienhechores.

Para terminar nuestra visita al regio santuario, nos detendremos á examinar la corona.

El dibujo, eminentemente simbólico, fué hecho por el Sr. D. Rómulo Escudero y Pérez Gallardo, y la célebre joya es obra del artista parisiense, Mr. Edgar Morgan. Pesa una arroba y cuatro libras; mide 62 centímetros de altura y 1 metro 30 centímetros de circunferencia, y fué hecha con el oro y la plata que regalaron damas mexicanas. El costo de la manufactura pagado al artista fué de 30,000 francos oro, y en flete, aduana y comisiones se gastaron 500 pesos.

He aquí la descripción que Mr. Morgan ha hecho de la joya que nos ocupa:

"La Corona Real simbólica se compone de cuatro partes:

I. La diadema ó base en lo exterior está formada por 22 medallones, donde están pintados sobre oro y con esmalte de Limoges ramos de rosas, todos diversos; abajo de ellos, en letras esmaltadas, se leen los nombres de los 22 obispos que entonces existían. Arriba de ellos hay 52 estrellas formadas con diamantes, y entre los medallones, esmeraldas engastadas. Estos medallones tienen arriba y abajo molduras esmaltadas y embutidas en el oro. En la parte plana ó inferior de la diadema, es decir, en su ancho ó espesor, se cuentan 22 ángeles de relieve, cincelados y esmaltados, alternando con estrellas y otros adornos de diamantes.

II. El cuerpo ó sea lo que descansa sobre la diadema, lo forman seis escudos y seis ángeles. Aquellos son los escudos de armas de los arzobispos, hechos de esmal-

te de Limoges sobre oro, los cuales se ven circunvalados con diamantitos; siguen unos cuadros ovalados, adornados con esmalte embutido sobre el oro, los que tienen su respectiva moldura de relieve, cincelada con mucho cuidado, lo cual produce una vista agradable y hace que resalte más y más su riqueza. Los escudos están unidos entre sí por medio de seis ángeles, con las alas desplegadas y esmaltadas desde el rojo hasta el blanco. Sus túnicas están esmaltadas de un color azul muy fino; las aureolas brillan por estar cercadas de diamantes. Los ángeles nacen de una rosa, refiriéndose alegóricamente á las de la historia de la aparición.

III. La cúpula se forma de dos secciones: seis fajas verticales de rosas de oro, de distintos colores, y seis de estrellas de diamantes. Las fajas de rosas corresponden á la parte superior de los escudos arzobispales; se compone cada una de ramos de rosas de oro realizados y cincelados, y dentro de unos marcos con su moldura realizada también y cubierta de diamantes; nacen los ramos de unas flores de lis en cuyo centro hay una ametista engastada.

Las estrellas de brillantes son siete; corresponden á la parte superior de los ángeles y seis secciones están formadas por ellas.

IV. El remate lo constituye una moldura circular, que representa un conjunto de hojas cinceladas, llenas de diamantes, rubíes y zafiros engastados. Sobre esa moldura descansa el globo terráqueo esmaltado y en él se ven ambas Américas, y con particularidad México. Sobre el mundo reposa el águila heráldica de México con las alas desplegadas, y una cruz adornada con diamantes descansa sobre el dorso del águila.

La corona es de plata dorada, excepto lo siguiente: en la diadema, las molduras y los medallones de las rosas; en el cuerpo, los medallones y sus marcos; en la cúpula, los ramos de rosas de las secciones."

Tal es la hermosa joya, en la que es lamentable extrañar alguna alegoría especial de la raza indígena, en cuyo favor muy particularmente se realizó la aparición, razón que ha sostenido el culto y amor á la Virgen de Guadalupe de la manera más constante y fervorosa.

Los objetos valiosísimos del santuario han sido muy numerosos. Cuéntanse entre ellos, además de multitud de vasos sagrados de gran precio, la antigua crujía de plata quintada que forma hoy todo el balastrado del presbiterio, capilla y escalinatas; el marco de purísimo oro en que está la imagen, y que es de muy considerable peso; un trono antiguo que no sabemos si existe y que pesaba más de trescientos cincuenta marcos de plata, costado en gran parte por el virrey, conde de Salvatierra.

El culto, como hemos manifestado, es muy activo y suntuoso. Las peregrinaciones son frecuentes y numerosas, con especialidad en los días en que las mitras del país celebran sus respectivas funciones en la Colegiata, que á todas horas de la mañana y de la tarde se ve muy concurrida por devotos de toda la República, en la cual el amor á la Virgen de Guadalupe es el sentimiento más hondo, el más nacional, y todo hace creer que es también el más inextinguible.



## CAPITULO XI.

DESAGÜE DEL VALLE DE MÉXICO—HISTORIA DE LA GRANDIOSA  
EMPRESA—SANEAMIENTO DE LA CIUDAD.

**P**ARA terminar nuestro prolijo estudio del Distrito Federal, réstanos ocuparnos del desagüe del Valle y el saneamiento de la ciudad, cuyo enlace íntimo nos obliga á estudiarlas en un solo capítulo.

La obra del desagüe es la más grandiosa, ardua y de duración más prolongada que se ha realizado en el país. No pretendemos dar idea exacta de esa colosal empresa hidráulica, digna de los pueblos más famosos por sus obras gigantescas. Ni aun describiendo en una extensa monografía esa obra varias veces secular, se lograría llevar á la mente del lector un concepto pleno de ella. Para comprenderla y medir su importancia, requiérense las impresiones de personal y detenida visita, ilustrada con noticias pormenorizadas.

Haremos, sin embargo, esfuerzos por reunir datos sintéticos en el mayor orden para trazar el boceto de ese gran cuadro.

Fundada la ciudad en una pequeña isla que se fué ensanchando artificialmente, rodeada de las aguas del más bajo de los lagos del Valle, el de Texcoco, estuvo desde sus principios expuesta á inundaciones, en la época del año en que las corrientes del río de Cuautitlán y el de las avenidas de Pachuca hacían subir considerablemente el nivel de ese lago. Defender la población de las aguas ha sido asunto que preocupó á los gobernantes de todos los tiempos, inclusive los precolombinos.

Memorables son en efecto las obras emprendidas por el célebre Netzahualcoyotl, en quien los historiadores reconocen no solamente un poeta, sino un hombre de elevada inteligencia para las obras materiales de utilidad pública.

La primera obra de los aztecas contra el avance de las aguas, consistió en la construcción de diques y calzadas, y en multitud de bordos y diques menores, que como es de suponerse resultaron insuficientes, ya por su altura y consistencia, ya porque no estaba estudiado el sistema hidráulico del Valle, en que, como hemos dicho, las principales corrientes eran traídas por el río de Cuautitlán, el de Pachuca y el de Teotihuacán.

El primero que se dió cuenta de ese sistema fué Netzahualcoyotl, quien por los años de 1450 construyó al Oriente de México, y sobre el mismo lago de Texcoco, un gran dique de defensa contra las grandes corrientes del noreste. Este gran dique tenía 16 kilómetros de longitud, y fué levantado en línea recta de Sur á Norte; por ma-

nera que el lago quedó dividido en dos secciones, la oriental que correspondía á Texcoco y la occidental que correspondió á México. Esta obra de Netzahualcoyotl fué muy notable, no sólo por su eficacia para salvar de inundaciones la Capital, sino porque con ella se obtuvo hasta cierto punto el gobierno de las aguas del Valle. En efecto, construidas en Mexicalcingo algunas compuertas, al Sur de los abundantes venenos de esa región, servían para dar entrada á las aguas cuando el lago de México ó de Texcoco bajaba mucho de nivel, en tiempo de secas, ó bien para impedir el exceso de aquellas. Netzahualcoyotl comprendió lo que en la época virreinal no se tuvo en cuenta, esto es, que la permanencia de cierta cantidad de agua en los lagos del Valle es necesaria para la salubridad del mismo, entre otras razones, por cierto grado de humedad en la atmósfera, indispensable, supuesta la altura de esta planicie sobre el nivel del mar.

Después, bajo el reinado del primer Motecuhzoma, se construyó otro gran dique sobre el lago de Chalco, que igualmente lo dividió en dos: el llamado con ese nombre y el de Xochimilco. Esta continuación del plan de Netzahualcoyotl tuvo también por objeto el mejor aprovechamiento de las aguas del Sur.

Estas obras resultaron eficaces; y si á pesar de ellas México fué inundado en 1489, se debió á que el imprudente rey Ahuizotl mandó abrir algunas brechas en el dique del Sur.

Tales fueron las obras hidráulicas de los aztecas.

Al sitiar Cortés la ciudad de México, tuvo necesidad de romper el gran dique de Netzahualcoyotl, á fin de que pudiera navegar la flotilla que construyó en Texcoco. Tomada la ciudad, los otros diques fueron destruidos para rellenar los canales que cruzaban en todos sentidos la Venecia azteca, y las aguas quedaron sin valladar alguno. Conviene advertir que las obras de Netzahualcoyotl, las de Motecuhzoma Ilhuicamina y los pequeños diques, si bien muy útiles dada la disposición y sistema de la antigua ciudad, serían inútiles después, cuando ésta fué hecha en tierra firme. Efectivamente, reemplazadas las chinampas por edificios sólidos á inmuebles, y suprimidos los canales en el interior de la ciudad, aquellos diques perdieron la importancia que tuvieron en su época.

Durante veintidós años la ausencia de obras de defensa no hizo sentir sus efectos, pero en 1553, las corrientes del nordeste elevaron mucho el nivel de los lagos y México fué invadido por las aguas. Apresuróse entonces el virrey D. Luis de Velasco el I á construir un dique semejante al de Netzahualcoyotl, también de Norte á Sur, formando una gran curva desde la calzada de Guadalupe hasta la de San Antonio Abad.

A pesar de esta obra, en 1580 volvió á inundarse la ciudad.

Gobernaba entonces la Nueva España el ilustre virrey D. Martín Enríquez, quien aplicándose á plantear y resolver radicalmente el problema, recorrió personalmente y acompañado de peritos el Valle, á fin de investigar los datos para esa operación. El fruto de su estudio fué comprender que toda obra cuya base fuera la construcción de diques sería por su naturaleza viciosa, y formar el concepto de que el remedio radical debía consistir en arrojar fuera del Valle las aguas por medio de algún socavón. Aquí comienza, pues, la iniciativa del desagüe del Valle; pero teniéndose presente que la elevación de nivel de los lagos provenía de las corrientes del río de Cuautitlán, el pro-

yecto se limitó, como habrá de verse, á dar á ese río otra corriente que no fuera la de verter sus aguas en el lago de Texcoco, ó mejor dicho en los vasos del Valle. Desgraciadamente el virrey Enríquez fué trasladado al Perú antes de que pudiera darse forma á su proyecto, el cual fué olvidado hasta el año de 1604, en que acaeció la tercera inundación, siendo virrey D. Juan de Mendoza y Luna, quien, impuesto del pensamiento de su antecesor, lo juzgó irrealizable por su magnitud misma y su costo. Urgiendo entretanto la defensa de la ciudad, y considerándose insuficientes los diques conforme al plan antiguo, puesto que el de 1553 había sido arrasado en la inundación de 1580, el virrey Mendoza ideó otro género de defensa consistente en la construcción de diques y bordos en torno de los vasos altos del Valle donde el Cuautitlán y el Pachuca vertían sus aguas, que al fin, llenos aquellos vasos venían á refluir en el de Texcoco.

Aparte de esos diques en aquellos vasos, se construyó el de San Cristóbal, por medio de un gran bordo que apoyaba sus extremos en la serranía de Guadalupe y en el cerro de Chiconautla. Como se ve, el proyecto se redujo á proporcionar vasos profundos á las aguas del Cuautitlán y el Pachuca en la parte elevada Norte del Valle, para así tener el lago de Texcoco libre de la invasión de ellos. A ese mismo fin se dedicaron otras obras, entre ellas la gran presa de Oculma, para contener las aguas del río de Teotihuacán, y la reconstrucción del dique de Mexicalcingo y de la presa del Sur que detenía las corrientes del pedregal de San Angel. En la misma época se construyeron las antiguas calzadas de circunvalación; y la de la Verónica, que unió la de Chapultepec y la de Tacuba, detuvo las corrientes del Oeste en un vaso que se llamó "Laguna de Sanctorum," y que ya no existe.

Como tenía que acontecer, esas obras fueron insuficientes, y en 1607 otra inundación puso en gran peligro la capital. Los vasos artificiales del río de Cuautitlán fueron enzovados y colmados, y las aguas refluyeron al lago de Texcoco.

Sucedió al virrey Mendoza D. Luis de Velasco el II, y penetrado de la idea de su antecesor Enríquez decidió llevarla á efecto por grandiosa y costosa que fuera. Afortunadamente halló junto de sí al hombre superior que necesitaba para dar forma y llevar á la práctica el pensamiento del desagüe; ese hombre fué el ilustre cosmógrafo Enrico Martínez, cuyo monumento en la capital hemos reseñado.

Este sabio, á quien ayudó en su labor el erudito jesuita D. Juan Sánchez, presentó al virrey dos proyectos: uno de desagüe general del Valle y otro parcial. El primero implicaba un canal que partiendo del lago de Texcoco llegara hasta Nochistongo, donde se abriría un socavón entre los cerros de Sincoque y Citlaltepec, á fin de arrojar por él las aguas al río de Tula, confluente del Pánuco, que desemboca en el Golfo. El otro proyecto se reducía á abrir el mencionado socavón para dar curso á las aguas del río de Cuautitlán, por el expresado de Tula.

El rey prefirió el segundo proyecto, y el 28 de Noviembre de 1607 dió principio á su ejecución Enrico Martínez. A los once meses quedó terminado el socavón, cuya longitud fué de 6,600 metros, con 3 metros 50 centímetros de latitud y 4 metros 20 centímetros de altura. Quince mil indios trabajaron constantemente en la obra, que siendo practicada en terreno suave, pudo por esto y por aquel gran número de trabajadores ser terminada en tan corto plazo. Se hicieron á la vez, el gran tajo abierto desde

el desemboque del socavón en la Boca de San Gregorio hasta el Salto de Tula, en una extensión de 8,600 metros, y dos canales, uno para conducir las aguas de Zumpango en que aflúa el río de las avenidas de Pachuca, y otro para llevar las aguas del río de Cuautitlán. Su extensión era de 10,000 metros.

En Diciembre de 1608 se verificó la gran ceremonia en que Martínez dió salida á las aguas, ante el virrey, el arzobispo y una concurrencia selecta y numerosa; mas la satisfacción que experimentó en ese día duró bien poco; pues que habiendo dejado por falta de recursos sin revestimiento alguno el socavón, no tardaron las aguas en producir grandes derrumbes interiores que obstruyeron la galería. Martínez trató de remediar el mal con procedimientos tan insuficientes, como ligeros ademes, ó revestimientos incompletos, pues sólo comprendían la parte superior; pero las aguas desbarataban á poco las obras, y en 1609 el socavón quedó enteramente inútil. ¡Cuántas amarguras sufrió el ilustre ingeniero con tal motivo! Levantóse murmuración tan escandalosa cuanto injusta, puesto que la causa única de lo incompleto de la obra era la falta de elementos. Martínez se atuvo á los que proporcionaba el gobierno y que eran exiguos para lo que debiera hacerse. Las penalidades y desengaños de Martínez multiplicaron; mas supo luchar contra ellas con la energía de un hombre superior.

En 1614 la corte de Madrid envió al holandés Boot para que éste se encargara de ejecutar las obras hidráulicas, y ese ingeniero resolvió que se volviera al sistema antiguo de diques; así es que á pesar de las luminosas refutaciones de Enrico Martínez, el socavón de Nochistongo fué completamente abandonado en 1623.

Poco tiempo después, el virrey Marqués de Gálvez, no creyendo que la causa de las inundaciones fueran las ya expresadas, ordenó á Martínez que cerrara la entrada del socavón, orden que revocó apresuradamente, pues en el acto comenzaban las aguas á invadir á México. Volvió entonces Martínez á encargarse del revestimiento del socavón; pero sin dársele más que recursos miserables. En estas condiciones sobrevino la estación de aguas del año de 1629, en que fueron abundantísimas, y el 20 de Junio la capital sufrió la más espantosa de sus inundaciones, porque no estando terminadas las obras del revestimiento, el socavón tampoco podía servir para su objeto. Nuevas tribulaciones vinieron sobre Martínez, quien, acusado de haber cerrado intencionalmente la galería, fué puesto en la cárcel pública, de donde salió por orden del virrey Marqués de Cerralbo, gracias al apoyo que le prestó el Ayuntamiento.

La inundación duró cinco años, durante los cuales se repitieron los desastres, pues según las crónicas, sólo en un mes perecieron treinta mil personas. La Corte ordenó que la capital se trasladara á Tacubaya, pero oponiéndose el vecindario volvió á pensarse en el desagüe. Presentáronse otros proyectos. Simón Méndez, mexicano, propuso un socavón que siguiera la garganta de Tlila, al Este de Nochistongo, proyecto que apenas comenzado á ejecutarse fué desechado. Otro proyecto consistía en el peregrino recurso de buscar el *Pantitlan*, que era un imaginario resumidero en el fondo del lago de Texcoco, por donde según quiméricas tradiciones, dejaban ir los indios el excedente de aguas; sumidero que habían tapado después de arrojar en él los tesoros de Motecuhzoma, cuando llegó Cortés. Por de contado que se perdió inútilmente el tiempo en tamaña extravagancia.

Se habían gastado ya en la obra del desagüe tres millones de pesos, y acababa de

llegar á México el virrey Marqués de Cadereita, quien dió nuevo impulso al procedimiento científico. Desde muchos años atrás Enrico Martínez había comenzado á convertir el socavón en tajo abierto, lo que en 1637 pareció que debía ser el trabajo definitivo, y así fué ordenado por el Marqués de Cadereita, quien comprendió toda la importancia del proyecto de Martínez. Desgraciadamente esa justicia fué tardía, pues á poco murió el insigne cosmógrafo, que tras de haber luchado con tantas ignorancias, enemistades, preocupaciones y envidias, no tuvo el consuelo de haber llevado á la práctica, de manera definitiva, su grande y último proyecto del tajo de Nochistongo.

Comenzaron los trabajos de éste bajo la dirección de Fray Luis Flores, fraile franciscano de vasta sabiduría en las ciencias matemáticas, y ejecutados por numerosos indios á quienes se hizo forzoso aquel trabajo, especialmente á los condenados en prisiones. Muerto Fray Luis, continuaron los frailes franciscanos durante treinta y cinco años dirigiendo la obra, lenta, pero bien hecha; hasta que en 1675 D. Martín Solís se comprometió á terminar el tajo en dos meses, siempre que se le nombrara, como en efecto se nombró, director; gravísimo error, pues debido á la impericia de él, se ocasionó un gran derrumbe que obstruyó la parte cavada. Volvieron los franciscanos á encargarse de la obra, hasta 1767 en que la contrató el Consulado, para terminarla en 1789. En realidad la naturaleza fué quien acabó la obra; pues las corrientes se abrieron paso al través de los derrumbes y de los cortes estrechos.

El tajo de Nochistongo alcanza más de 60 metros de profundidad y 8 en la mayor anchura de su fondo, y duró para ser abierto siglo y medio, esto es, de 1637 á 1789. Ya hemos dicho que su longitud es de 6,600 metros. A la margen fué construido un edificio para que en él se alojaran los indios trabajadores, edificio cuyas ruinas existen aún.

El Tajo de Nochistongo ha sido de grandísima utilidad para la ciudad, que se ha visto por él libre de las corrientes del río de Cuautitlán y otros, principales causas de las inundaciones. Es una obra colosal que honra al virreinato y á los ejecutores de ella.

Hasta aquí el proyecto del desagüe parcial.

Este, sin embargo, no satisfacía las necesidades ni del Valle ni de la ciudad, sobre todo por lo que hace al desagüe y saneamiento de ésta.

En 1774 el sabio ingeniero Velázquez de León ideó el proyecto de practicar un canal semejante al propuesto por Enrico Martínez, que partiendo del lago de Texcoco, llegara á Tequixquiac, donde se haría un socavón con el auxilio de 28 lumbreras, socavón de trece mil metros, perfectamente revestido. Esto proponía Velázquez en vez de agrandar en más de 9,000 metros como se pretendía el Tajo de Nochistongo. Sin embargo, esto último fué emprendido por D. Cosme de Mier y Trespalacios en 1796.

En ese mismo año se abrió el canal desaguador del lago de Zumpango, en una extensión de 8,900 metros, y en 1789 se concluyó el de San Cristóbal, que medía 13,000 metros. Ambas obras fueron inútiles, porque las aguas azolvieron bien pronto los canales con sus propios lodos y los de los taludes que en grandes masas derrumbaron. En 1806 volvió á inundarse aunque ligera y parcialmente la ciudad, y entonces el virrey Iturrigaray emprendió la misma obra de Mier, con tal obstinación, que pidió á la Corte de Madrid prohibiera el que se presentaran otros proyectos de desagüe; pero

por falta de recursos, y además por haber sobrevenido la guerra de insurrección, el Tajo no fué ampliado sino en muy corta distancia.

Cuando en 1804 visitó Humboldt el Tajo de Nochistongo y estudió la hidrografía del Valle, concibió ideas trascendentales que expuso en su "Ensayo Político sobre la Nueva España," y que hicieron formar conceptos en que se han basado desde el punto de vista de la higiene los proyectos posteriores. Sugirió la convicción de que el Valle no debía ser disecado, sino canalizado, y de que los lagos debían subsistir para humedecer con sus vapores la atmósfera y proporcionar riego á los campos. Así, pues, la obra del desagüe tendría por objeto arrojar fuera del Valle las aguas excedentes, y por medio de un bien planteado gobierno de ellas, aprovechar las restantes.

Este sabio consejo, ilustrado por investigaciones que se hicieron después, tales como el azolve del fondo del lago de Texcoco por los desechos de la ciudad, ha servido, como decimos, de base para los proyectos ulteriores, cuya historia continuamos.

En 1855, en que la capital se vió amenazada de las aguas, el Ministerio de Fomento nombró una junta compuesta de propietarios y personas notables para que diera solución radical al problema. Esta junta nombró otra menor encargada de la inmediata ejecución de las obras que habrían de practicarse. Se dividió el Valle en tres secciones, Norte, Sur y Centro, y en ellas hicieron los ingenieros Gargollo, Bustillo y Garay las obras urgentes de defensa, y se expidió una convocatoria para que los ingenieros del país ó del extranjero presentaran proyectos del desagüe y gobierno hidráulico del Valle, conforme á las condiciones que ya hemos anotado. Se premiaría el mejor proyecto con la cantidad de doce mil pesos. Siete trabajos se presentaron, y de ellos fué elegido y premiado el del ingeniero D. Francisco de Garay.

Este proyecto consistió: en un canal que partiendo del Oriente de la ciudad con fondo de 2 metros 50 centímetros bajo el piso medio de ésta, recibiera sus aguas de desecho y drenaje, y pasando luego por los lagos de Texcoco, San Cristóbal, Xaltocan y Zumpango llegara á la embocadura de un túnel que desembocaría en el arroyo de Ametlac, confluente del río de Tequixquiac. Un canal que uniera los lagos de Chalco y Texcoco serviría para el desagüe de los lagos del Sur. Por último, un canal del lago de Xochimilco, al Poniente de la ciudad, daría entrada por ese rumbo al caudal de agua bastante para el lavado de las atarjeas.

Este sistema de desagüe aseguraría la extracción de 35 metros cúbicos por segundo, durante cinco meses del año, volumen que fué el máximo de aumento en los lagos el año de 1855, extraordinariamente lluvioso. Este proyecto quedó sin inmediata ejecución á causa de la guerra civil; pero Maximiliano se empeñó asiduamente en llevarlo á cabo. Para esto nombró en 1864 una junta de ingenieros, quienes dictaron las providencias urgentes para defender la ciudad, y discutieron los proyectos aprobando el del Sr. Garay, quien en el año siguiente fué nombrado director general del desagüe y de las obras de defensa contra el inminente peligro de inundación en que estuvo la ciudad.

El emperador envió al Sr. D. Miguel Iglesias para que fuera á Europa á comprar toda la maquinaria que debería emplearse y acordó cuanta medida se creía oportuna para el rápido avance de los trabajos, que consistieron especialmente en la perforación de las lumbreras, ó pozos abiertos desde la superficie del cerro hasta encontrar el tú-

nel, y cuyo objeto es, tanto ayudar á los trabajos interiores como á la ventilación. Aun no se habían acabado de perforar, cuando cayó el Imperio, y al volver el Gobierno republicano, el Sr. Orozco presentó otro proyecto que se basaba en el trazo por el tajo de Nochistongo, profundizándolo ó abriendo un túnel bajo su fondo. Este fué rechazado, y se continuó la ejecución del proyecto del Sr. Garay.

De 1868 á 1871 se prosiguieron los trabajos, suspendiéndose hasta 1877 por la eterna causa de las guerras civiles. Luego que triunfó la promovida por el Plan de Tuxtepec, el Gobierno dió gran impulso á las obras, nombrando al Sr. Garay director de ellas. Mediante prolongada discusión, el proyecto de éste se modificó en el sentido de que dichas obras fueran ejecutadas con capacidad para la extracción de 17.50 metros cúbicos por segundo, y no 35 como había propuesto y sostuvo enérgicamente el Sr. Garay. Tal modificación propuesta por el ingeniero de las obras, fué aprobada por acuerdo presidencial el 30 de Septiembre de 1879.

En 1881, la Secretaría de Fomento celebró un contrato con el opulento capitalista D. Antonio de Mier y Celis, autorizándolo para que formara una Compañía de Canalización y Desagüe de la Ciudad y Valle de México, compañía que no llegó á organizarse.

Las obras continuaron con lentitud debido sobre todo á que el Gobierno tenía la creencia de que la obra del desagüe era superior á los recursos de aquel y del Ayuntamiento, error desvanecido en la visita que hizo á las repetidas obras á fines de 1885 el Sr. General D. Porfirio Díaz, entonces como ahora Presidente de la República, el que entusiasmado por los trabajos ya hechos y persuadido de la posibilidad de terminarlos, hizo que la Secretaría de Gobernación nombrara una Junta Directiva, que fué compuesta por las siguientes personas:

Presidente, General D. Pedro Rincón Gallardo.  
 Vocal, Sr. José I. Limantour.  
 „ „ Francisco Rivas Góngora.  
 „ „ Agustín Cerdán.  
 „ „ Casimiro del Collado.

Una ley expedida dotó á las obras con \$400,000 anuales que administraría la Junta, la cual comenzó los trabajos el 2 de Febrero de 1886, prosiguiéndolos con gran actividad. Siendo insuficiente el fondo expresado, la Junta, previa aprobación del Ayuntamiento y del Gobierno ajustó un empréstito con la compañía inglesa "The London Mexican Prospecting and Finance Company Limited," por valor de £ 2 400,000, que debería cubrirse con anualidades de £ 32,000 tomadas del fondo de los \$400,000.

Dicha compañía contrató la obra restante del túnel á los precios siguientes:

Por metro lineal de galería.....	\$	12	53
Por construcción de bóveda, metro lineal.....		125	36
Por construcción de cubeta, metro lineal.....		112	82
Por metro lineal de lumbrera revestido.....		501	47

La misma compañía se comprometió á entregar el túnel en el espacio de treinta meses, obteniendo una prima de 300 pesos por cada día de anticipación y debiendo pagar una multa de igual cantidad por cada día de retardo.

En cuanto al canal, se celebró un contrato con la Compañía Americana Bueyras, para la excavación de un millón de metros cúbicos, y se hizo circular luego por la Junta convocatoria para un contrato de excavación de 12.000.000 de metros cúbicos, total del gran canal. La casa inglesa de Pearson & Son celebró el convenio respectivo. Por lo que hace al túnel, fué contratado por los Sres. Read y Campbell, quienes á principios de 1892 y después de haber gastado sumas considerables, rescindieron el contrato.

Llegamos al término de nuestra revista histórica. Una de las más grandes satisfacciones del actual Presidente, á quien tan de cerca acompaña la fortuna, debe consistir en haber visto la conclusión de una obra que por su objeto comenzó en tiempo de los reyes aztecas y por su plan en los días de Enrico Martínez.

He aquí la descripción del colosal proyecto ejecutado ya, y del que sólo restan por concluirse detalles de perfeccionamiento, cuyo fin se espera de un día á otro.

El Gran Canal parte de la garita de S. Lázaro, al Oriente de la Capital, dirigiéndose al Norte con ligera inclinación al Este, y pasando entre la serranía de Guadalupe y el lago de Texcoco. Antes de llegar al kilómetro núm. 20, tuerce hacia el noroeste y atraviesa diagonalmente el lago de San Cristóbal, una parte del de Toluclán, y otra del de Zumpango, hasta la orilla de la población de este nombre, en que llega á la boca del túnel. En el kilómetro núm. 20 se comunica con el lago de Texcoco. La extensión total del canal es de 47,580 metros. Su acotación en el fondo es en San Lázaro de 2 m. 25, y en la boca del túnel 9 m. 20. La acotación del terreno es en el principio del canal, de 8 m. 94, y en el término de 15 m. 86. La nivelación uniforme del fondo es á razón de 0 m. 187 por kilómetro. En los primeros kilómetros, la profundidad es de 5 m. 50, y en los últimos de 20 m. 50. El ancho en el fondo y hasta el kilómetro 20, es de 5 m. 50; pero desde ese punto, en que el canal conecta con el lago de Texcoco, el ancho del fondo es de 6 m. 50. Los taludes son á 45 grados. El canal ofrece capacidad para un volumen de agua de 18 metros cúbicos por segundo. El túnel, que comienza á inmediaciones de Zumpango, tiene 10,021 metros 79 centímetros de longitud. Está formado por una sección curvilínea constituida por cuatro arcos que tienen, el de la parte superior 4 m. 185 de cuerda y 1 m. 570 de flecha; los dos laterales tienen 2 m. 36 de cuerda, y el radier con cuerda de 2 m. 429 y flecha de 0 m. 521. La altura es de 4 m. 286. Por manera, que el túnel afecta una figura casi ovoide que forman la bóveda y la cubeta, ó sea la sección inferior destinada al paso de las aguas. La bóveda está revestida de excelente ladrillo, con un espesor de 45 centímetros, y la cubeta, con dovelas de piedra artificial hecha con cemento de Portland y arena comprimidos. El espesor de la cubeta es en los lados de 40 centímetros y de 30 en el radier. La acotación del fondo de la cubeta, al principio del túnel es de 9 m. 20, y en la desembocadura de 17 m. 53. La pendiente es de 0.00069 por metro en los primeros 2,170 m. 74; de 0.00072 en los 5,831 siguientes; de 0 m. 001 en 1,500 metros y de 0.00135 en el resto del túnel. La capacidad de éste es igualmente de 18 metros cúbicos por segundo. En todo el trayecto del túnel hay 25 lumbreras, á distancia de 400 metros una de otra. La menos profunda tiene 21 metros, y la más 92. El túnel desemboca en un tajo abierto en un antiguo arroyo, y tiene 3 kilómetros de longitud y 16 metros de profundidad. El túnel fué concluido enteramente el día 31 de Diciembre de 1894, á las tres de la mañana.

La excavación del gran canal se hizo primeramente á brazo y después con dragas

Couloir y fué concluida el 2 de Julio de 1895. El Presidente de la República dió el barretazo que derribando un pequeño muro de tierra, puso en comunicación el canal con el túnel.

Por último, está terminada la mayor parte de las obras de arte necesarias en la del desagüe, como son, puentes, acueductos, carreteras, viaductos, etc.

Terminadas pues las obras del desagüe del Valle, han comenzado muy activamente las del saneamiento ó drenaje de la ciudad.

Dos fueron los principales proyectos presentados acerca de esa obra: el del Ingeniero D. Ricardo Orozco y el del Ingeniero D. Roberto Gayol. El del Sr. Gayol, revisado y reformado después por una comisión de respetables ingenieros, entre ellos el Sr. Espinosa, actual Director del Desagüe, ha sido aprobado por el Ayuntamiento, y ya está en ejecución. Comprende la reforma general en la construcción y sistema de atarjeas, cuya red cortan de trecho en trecho caños colectores de Oeste á Este, y la construcción de tubos que, rodeando la red, inyectarán con las aguas de los lagos del Sur las atarjeas. Un último colector recibirá todas las aguas de desecho y drenaje, y las conducirá al gran canal, que como hemos dicho, comienza en la garita de San Lázaro. Este proyecto, costoso por lo radical, ha comenzado á ponerse en práctica, principiando por las obras de instalación, que son grandiosas. El Director es el relacionado Sr. Gayol, y se espera que en unos cinco años las obras de saneamiento queden terminadas.

Tal es el Distrito Federal, cuyo conjunto hemos presentado íntegramente, sin que falte un solo pormenor digno de estudio. Dentro de la síntesis á que nos ha obligado el plan trazado, lo hemos examinado todo, procurando adunar en la exposición de la noticia la integridad y el laconismo, para producir la revista más completa, si bien la más desaliñada que se ha escrito de esta importante sección del territorio mexicano.



## TERCERA PARTE

### CAPÍTULO I.

#### DESCRIPCION GEOGRÁFICA—DIVISIÓN POLÍTICA—POBLACION —MONTAÑAS—RÍOS—LAGOS, ETC.

**ANTES** de ocuparnos de las capitales de la República, no estará por demás decir unas cuantas líneas siquiera á la geografía del país, sus principales montañas, ríos y lagos; á su variado clima, su rica flora y fauna interesante.

La República Mexicana se halla comprendida entre los  $14^{\circ} 30'$  y  $32^{\circ} 42'$  de latitud Norte, y entre los  $12^{\circ} 21'$  longitud Este y  $18^{\circ}$  longitud Oeste del meridiano de México; ó sea entre los  $86^{\circ} 46' 8''$  y los  $117^{\circ} 7' 8''$  al Oeste del de Greenwich. Linda por el Norte con los Estados Unidos de América, quedando la línea divisoria fijada de la manera siguiente: desde un punto en el Golfo de México, distante tres leguas de la desembocadura del Río Bravo ó del Norte, y siguiendo la parte media de ese río, hasta el paralelo  $31^{\circ} 47'$  latitud Norte; de ese punto cien millas al Oeste en línea recta; de allí al Sur hasta el paralelo  $31^{\circ} 20'$  latitud Norte, y de aquí nuevamente al Oeste, siguiendo el mismo paralelo, hasta encontrar el meridiano  $111^{\circ}$  al Oeste de Greenwich; de aquí en línea recta hasta un punto del Río Colorado, situado 20 millas al Sur de la confluencia del Gila con el mencionado río; en seguida al Norte, hasta la dicha confluencia, y después otra vez al Oeste por la línea fijada entre ambas Californias. Habiendo existido motivos desde hace algunos años para creer que este lindero, que oportunamente fué determinado en el terreno mismo, ha sufrido algunas violaciones, ambos gobiernos han nombrado comisiones competentes que actualmente se ocupan en reintegrarlo en su corrección científica. Al Este se halla limitada la República por el Golfo de México, el Mar de las Antillas y el Canal de Yucatán; al Sur por el Golfo de Tehuantepec y la República de Guatemala, y al Oeste por el Océano Pacífico.

Según el convenio celebrado últimamente por los gobiernos de México y Guatemala, los límites entre ambas repúblicas han quedado determinados así: la línea divisoria comenzará en un punto del Grande Océano, distante tres leguas de la desembocadura del río Suchiate, y continuará por el medio del canal de este río, hasta el lugar en que corte el plano vertical que pasando á 25 metros del pilar más austral de la garita de Talquian, de manera que esta garita quede en territorio guatemalteco, pase tam-